

CLARIDAD DOCTRINAL

JOSE MOINGT, SJ

*La Congregación para la Doctrina de la Fe ha publicado recientemente una nota teológica firmada por el cardenal Ratzinger y fechada el 28 de octubre de 1995 concerniente a la calificación doctrinal de la carta de Juan Pablo II, *Ordinatio sacerdotalis* del 22 de mayo de 1994. La revista *L'Actualité Religieuse* ha pedido su opinión al Joseph Moingt, jesuita, director de *Recherches des Sciences Religieuses* (RSR).*

¿Qué precisiones añade este nuevo documento a la carta del Papa que concluía la imposibilidad de conferir la ordenación sacerdotal las mujeres?

Se resumen en dos palabras, que constituyen dos dificultades añadidas: la doctrina en cuestión «ha sido propuesta infaliblemente por el magisterio ordinario universal», y en consecuencia «pertenece al depósito de la fe». Verdaderamente se podía sentir que la intención de Juan Pablo II era la de dotar a este punto de la plenitud de su autoridad para imponer el asentimiento de la fe de los fieles. Pero las palabras decisivas no habrán sido pronunciadas. Lo han sido ahora, por persona interpuesta y en ello consiste la novedad del documento

de la Congregación. Es incluso un gran estreno, cuya audacia hay que señalar: mientras que las dos intervenciones de Pablo VI -a las que se remite Juan Pablo II- no presentaban la forma jurídica requerida para imponer una enseñanza de fe, ahora son «infalibilizadas» retroactivamente gracias a un codicilo subalterno, autenticado a su vez por su autoridad de tutela.

Entonces, la enseñanza del Papa sobre la imposibilidad de ordenar mujeres ¿debe ser tenida por infalible o no?

Ahí está la primera oscuridad de la que he hablado. El Concilio Vaticano I restringe la infalibilidad del Papa a su enseñanza *ex cathedra*, es decir, a las

«definiciones» solemnes de una verdad que afecte a la fe o las costumbres. El Vaticano II añade que los fieles debe una «sumisión religiosa de la inteligencia y de la voluntad» a todo acto del «magisterio auténtico» del pontífice romano, incluso cuando no habla *ex cathedra*, cada vez que manifiesta expresamente su intención de apelar a la fe de la Iglesia. Pero se guarda bien de identificar magisterio «auténtico» y magisterio «infalible», sin lo cual ya no habría modo de distinguir el magisterio papal, como es el uso, en dos clases de enseñanza, ordinaria y extraordinaria. El cardenal Ratzinger hace saltar la cerradura: se cae en la confusión y en lo arbitrario.

¿Qué concluir respecto a la no ordenación de las mujeres al sacerdocio?, ¿esta doctrina pertenece al depósito de la fe?

Segunda oscuridad: El Vaticano II da una definición igualmente restrictiva del «depósito de la palabra de Dios», constituido por la «Tradición sagrada y la Santa Escritura», que se aplica, según la opinión general de los teólogos, solo a las verdades enseñadas explícitamente por la predicación constante y universal de la Iglesia. ¿Este es el caso aquí?

Hay un hecho indiscutible: Cristo ha escogido para ser sus apóstoles únicamente a hombres y lo mismo la Iglesia para ordenar al sacerdocio. Pero ni una palabra de uno o de la otra indica la razón divina de ese hecho ni lo erige en regla irreformable.

Entonces, ¿se está autorizado a pensar, como dice Juan Pablo II, que la exclusión de las mujeres del sacerdocio es «claramente» afirmada por la Escritura y por la Tradición?

Sin duda pertenece al magisterio el

«interpretar» auténticamente el depósito de la fe, pero, en el caso presente, a falta de datos explícitos, interpretar equivale a suponer. Y ninguna suposición aporta la vía clara requerida para la certeza de un asentimiento de fe.

A falta de estar contenida en ella explícitamente ¿podría esta doctrina al menos pertenecer al depósito de la fe?

Por hipótesis, nada puede pertenecer a este «depósito» que no está contenido en él desde siempre. Nada entra en él y nada debería poder entrar por efracción, a posteriori. Se podría pensar que en la Iglesia se establezca un consenso que haga claridad sobre éste punto. De hecho no existe puesto que la cuestión no se ha planteado abiertamente -fuera de un pequeño círculo de iniciados- sino desde hace una veintena de años. De todos modos, un consenso no se decreta. Necesita tiempo para formarse. Y para esto habría que animar a los teólogos a instaurar un debate público sobre el problema en lugar de cerrarlo «definitivamente».

Entonces, la imposibilidad de ordenar mujeres ¿podría no ser considerada como «definitiva»?

En términos canónicos, nada es «definitivo» si no es «definido» de manera «decisiva» y ya hemos cerrado el círculo. La tentativa del cardenal Ratzinger de inyectar una sobredosis de autoridad a la carta de Juan Pablo II no le aporta sino un añadido de oscuridad. La claridad de la autoridad no basta por desgracia para hacer la claridad «definitiva» de la verdad.